

GABRIELA VALLEJO CERVANTES

Los caracteres de la identidad



SUMARIO

<i>Agradecimientos</i>	9
<i>Introducción</i>	11

PRIMERA PARTE (1571-1600)

I. La conquista del papel: nuevas armas para el Nuevo Mundo.	41
II. La primera embestida	71
III. Neptuno y la serpiente	111
IV. En la vertiente de caminos: Lima y Manila	187

SEGUNDA PARTE (1601-1650)

I. Un reino con dos capitales (1601-1640)	207
II. A las puertas del siglo	229
III. El autor y su retrato	239
IV. Las dos capitales del reino: Puebla de los Ángeles y la Ciudad de México, 1640	361
<i>Conclusiones</i>	409
<i>Anexos</i>	417
<i>Bibliografía general</i>	427
<i>Índice de ilustraciones</i>	467
<i>Índice onomástico</i>	469
<i>Índice general</i>	475

INTRODUCCIÓN

Si la difusión de la imprenta fue un elemento esencial para la invención del Nuevo Mundo en Europa, igualmente lo fue su introducción en el reino de Nueva España en la década de 1530 para la definición que de sí mismos harían en adelante sus habitantes y lo que este proceso de inclusión en la producción de libros significaría para ellos. Pero para empezar esta historia, no podemos dejar de notar la ambigüedad que conlleva decir “el reino de la Nueva España”, como si se tratase de un reino homogéneo e integrado. En la época que nos ocupa y por mucho tiempo después, este vasto territorio sería un conjunto de pueblos y provincias que lentamente irían identificándose con su calidad política de vasallaje primero y con su realidad imperial después. Dentro de un marco territorial heterogéneo, la capital del reino conquistado adquiriría una densidad histórica y definiría una identidad que poco a poco iría transfiriendo al resto de las provincias que se federaban a su alrededor. A lo largo del siglo xvi, el reino iría correspondiendo al paradigma de imperio conquistado que Cortés había querido vehicular al entregárselo a Carlos V. La antigua nobleza y los caciques indígenas se adaptaron al proceso de españolización apoyado por la introducción de la imprenta y el libro, tanto importado como impreso en Nueva España, que también cambiaron la manera como se escribía y describía la nueva realidad entre los grupos indígenas. La información que comenzó a generarse en el reino a partir de las investigaciones de las órdenes religiosas sobre las culturas indígenas fue paralela a la información generada por cronistas europeos, entusiastas lectores de todo tipo de noticias sobre esta conquista asombrosa. El descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, y su invención como un mundo fabuloso, fue un elemento esencial para la apertura geográfica y conciencia histórica del continente europeo. En el deseo de trascender las propias fronteras, la Europa del Renacimiento no podría comprenderse sin los ciclos de información y la circulación de libros que estaban abriendo las rutas de un mundo cada vez más grande.

La conexión entre América y el libro fue casi instantánea, incluso antes de que llegase la imprenta. Los conquistadores y religiosos que llegaron a tierras de Nueva España venían con libros en las alforjas, armas quizá más formidables que las espadas en el proceso de conquista y aculturación. Y su efecto fue casi inmediato. La curiosidad y la fascinación que los libros provocaron entre los indígenas poco tiempo después de la Conquista obligó a la Corona de Castilla a responder con una pragmática en 1535 contra la lectura y los efectos nocivos que esas puntas de lanza que eran las novelas de caba-

llería provocaban en esos neófitos, todavía ignorantes de los verdaderos preceptos eclesiásticos.

Los libros europeos, incluso en ediciones recientes, estaban educando a los hijos de los españoles y a las élites indígenas por igual. En una sociedad que favoreció el mestizaje y la incorporación de las cabezas indígenas a la maquinaria de gobierno, el proceso de europeización creó una realidad compleja, la de una América profundamente europea con particularidades propias a la adaptación de las comunidades autóctonas. El libro formó parte de este proceso y creó una estructura sobre la que se construiría el universo mental de los habitantes de la Nueva España, no muy desligado de lo que sucedía en el virreinato del Perú. Sin embargo, a diferencia de este, la publicación de las primeras gramáticas y catecismos en lenguas indígenas fue el vehículo que permitiría traducir el mundo tal y como se tenía la intención de construirlo, mientras que los libros europeos pretendían llenar el vacío de los saberes y técnicas necesarias para afrontar la dominación y la explotación de las tierras nuevas. Para comprender el alcance de este fenómeno, es necesario hacerse la pregunta de la importancia de la circulación de obras, de la labor de los libreros y comerciantes que aprovecharon ese nuevo mercado y que se interesaban en ser los proveedores de los nuevos lectores que creaban bibliotecas no solo en las grandes ciudades, sino también en pueblos y villas alejadas del centro del reino novohispano. El mapa que dibuja la geografía del libro es forzosamente amplio: corresponde con la extensión de la Monarquía Hispánica y la influencia de sus centros de producción en los Países Bajos y en Italia, y de sus relaciones con los reinos vecinos. No es posible estudiar el libro novohispano sin pensar en las redes entre comerciantes e impresores que creaban ejes que pasaban por Venecia, Roma, Amberes y Lyon, por Madrid, Medina del Campo, Sevilla y finalmente México. Y que también tomaban la vía inversa para llevar objetos diversos, los ansiados metales preciosos e incluso algunos libros producidos en Nueva España, con destino a diferentes ciudades de Europa.

La Ciudad de México es pues uno de sus diversos centros del gran mapa de la Monarquía Hispánica. Desde esta perspectiva, la historia del libro (y de manera concomitante, del uso de la escritura) ya no puede someterse a una visión anacrónica nacional ni ajustarse a un solo territorio, por muy amplio que este sea. Como objeto codiciado, el libro se mueve conforme sus lectores lo hacen circular y van creando una demanda, una reacción y una tendencia de lectura. Casi tan rápido como llegó este aparecieron las copias, las traducciones y las adaptaciones, manuscritas e impresas. Dentro del contexto novohispano, el latín como *lingua franca*, que hacía accesible la cultura europea a distintos tipos de lectores, dio paso al náhuatl como lengua de primera aproximación a las comunidades indígenas del altiplano central, antes de utilizar esta experiencia en el aprendizaje de otras lenguas para fines de evangelización. Nuestra intención al aproximarnos a esta historia no es comenzar con

la fundación de la imprenta, cuyos principios son más o menos bien conocidos, sino con los cambios que se introdujeron en el último tercio del siglo xvi: el espíritu contrarreformista y la consolidación administrativa del reinado de Felipe II llevó a la instalación del Santo Oficio de la Inquisición en la Ciudad de México en 1571, y dentro del movimiento de expansión de las órdenes religiosas, a la llegada de los jesuitas un año después. Recordemos que para el Perú estas fechas también resultan significativas: los jesuitas ya habían llegado en 1567, y bajo su influencia se funda la imprenta en 1581 (aunque empezaría a funcionar en 1584), mientras que el Santo Oficio es un poco anterior al de México, en 1570. Hay, pues, un interés de regularización en los virreinos de América que hace que la década de 1570 sea sumamente representativa en un proceso más o menos paralelo. Esto generó también un mercado propio que revelaba las inquietudes del reino dentro del marco global de la Monarquía, lo que nos ha permitido utilizar el libro como elemento de medición y contraste para tratar de determinar cómo evoluciona el proceso identitario en Nueva España. En este caso, lo que nos interesa primeramente, dentro de un mercado libresco ya más o menos consolidado, es saber cómo se formaliza la censura en el paso de la llamada Inquisición episcopal a la instalación del Santo Oficio y cuáles son los mecanismos de lectura entre las órdenes para calificar los libros, según su necesidad y pertinencia.

El mundo del libro novohispano era como todos los mercados: por definición, inestable. Iba cambiando conforme las disposiciones y pragmáticas peninsulares se iban reflejando en el reino y conforme se definían los requerimientos e intereses locales que la imprenta en México debía solventar. Este estudio trata de seguir los cambios que sufre la imprenta y la importación de libros a través de la consolidación y el crecimiento de las órdenes religiosas, de su influencia dentro de la Universidad, de la llegada de nuevos funcionarios reales y de sus movimientos dentro del reino, en función de la conquista de nuevos territorios y del movimiento de las bibliotecas particulares. Desde la llegada de los jesuitas, se dan reacciones ante la repartición del territorio de evangelización y de sus avances, que van repercutiendo en cómo las órdenes van definiéndose a sí mismas con respecto a la “santidad” de su cruzada y de la ejemplaridad de los miembros que forman parte de ella.

El punto de concentración y de irradiación es la Ciudad de México, que va creciendo en importancia como ciudad americana y como capital de reino dentro del contexto de la Monarquía, sobre todo a lo largo del siglo xvii. Como en otras ciudades, en ella se va fortaleciendo la memoria de un pasado glorioso primero en tanto que bastión conquistado por las huestes cortesianas, y segundo, como ciudad que ha sido el asiento de una civilización compleja y de una nobleza todavía en parte sobreviviente del que fuera su desafortunado emperador, Moctezuma Xocoyotzin. La confirmación de México como ciudad noble se debía a su pasado autóctono imperial, que la seguiría